

dre, de mi madre, de mi esposo, de mi hijo, de mi hermano. ¿No sería suficiente esta consideración para hacernos bendecir al Señor, que permite á las aflicciones que nos hieran? ¡Y las almas del Purgatorio! ¡Cuán cómodo nos es así pagar por ellas, abreviar sus sufrimientos, su destierro! ¡Admirable disposición de la Bondad Divina, que así lo ha dispuesto, aceptando nuestros méritos por su intención! y aun así, nada perderemos, porque es un préstamo que hacemos, y que tarde ó temprano se nos devolverá con usura.

Agreguemos una última consideración sobre las pruebas que se descargan sobre los justos. Frecuentemente vienen á herirlos á fin de preservarlos de una caída inminente. Es únicamente en el cielo en donde podremos ver y admirar la divina economía de la Providencia respecto á nosotros. ¡Cuántas almas agradecerán á Dios que las haya agobiado bajo las tribulaciones cuando comprendan que se habrían perdido si sus goces y felicidades que disfrutaron, hubiesen continuado; porque cuando gozaban de riquezas, de salud, de felicidades, comenzaban á olvidar al Señor, á adormecerse; pero Dios las ha despertado con un rayo, con una enfermedad, con un cuidado, con una aflicción, con la ruina, y entonces han venido á abrir los ojos y se han salvado.

Un famoso pintor decía frecuentemente: ¡Pinto para la eternidad! Almas cristianas, cuando encontréis corazones que no piensen más que en enriquecer aquí abajo, compadecedlas; pero haced al menos para el cielo lo que ellos hacen para la tierra; mostrad tanto valor y perseverancia en acumular los bienes eternos, como ellos en acumular las riquezas temporales. Utilizad vuestras penas, vuestros sufrimientos, vuestras adversidades; y á aquellos que os preguntan la razón de vuestra manera de obrar, les respondereis sencillamente: "Vosotros trabajáis para la tierra, yo trabajo para la eternidad!"

V.

## DIOS ENVIA

## LAS AFLICCIONES AL PECADOR

PARA CONVERTIRLO Y SALVARLO.

San Agustín dijo un discurso completo para demostrar que es un singular favor de Dios el ser tocado con su mano misericordiosa, y saber reconocerlo cuando sentimos los golpes. "Oh amigo mío, dice, cuando una aflicción en este mundo venga á herirte, no acuses ni á la fortuna, ni á los demonios, ni á los malvados, ni á tus enemigos, ni á los envidiosos. No hay otra causa más que la Providencia de Dios; si tú reconoces otra, es un fantasma que pones en su lugar. Las criaturas que te persiguen son varas que Dios pone en sus manos; se sirve de ellas, para castigarte como enemigo, ó para perfeccionarte como su hijo. Sábetelo que aun no ha recibido á nadie en el número de sus hijos sin haberle herido con su mano bienhechora" (In Palm XXXI.)

Dios envía la aflicción, la adversidad, la desgracia á los corazones que lo abandonan ó lo olvidan, á fin de convertirlos, de salvarlos. Esta es una de las verdades fundamentales del Cristianismo: es necesario no perderla de vista si queremos comprender algo de nuestra vida ó de la de los demás. Dios hiere de cuando en cuando sobre el corazón extraviado, no para vengarse ó sensillamente para castigarlo, no; sino para despertarlo, hacerlo reflexionar y atraerlo hacia El. ¿No ha dicho El mismo: "no es la muerte del pecador la que quiero; sino su conversión y su vida?" (Ezequiel, 18-32)

Amás de la palabra de Dios y de sus santos sobre este punto, la experiencia y la historia nos bastarían. Los hechos son más elocuentes que todo lo que podríamos decir.

¿Quién no conoce la conmovedora historia del hijo pródigo? Sin duda en ella se ven brillar la misericordia y la bondad

del Señor; pero no es esta la única enseñanza que en ella fulgura. ¿Quién tocó el corazón de aquel desgraciado jóven? ¿quién lo hizo reflexionar y lo inpeleó á volver sobre sí mismo? la desgracia, la aflicción. Durante el largo tiempo que tuvo dinero, que pudo vivir en el placer y en las fiestas, no pensó en la indignidad de su conducta, no pensó más en sus padres, en su hermano, en la casa paterna. Mientras que la fortuna, los amigos y la felicidad no le trasionaron, olvidada todo y no vive más que para gozar y divertirse. Pero hé aquí que llega la miseria, la desnudéz, el sufrimiento, las privaciones, la vergüenza. Careciendo de todo y de todos, vuelve sobre sí mismo, su corazón se desgarrá, el arrepentimiento lo invade, siente las lágrimas subir á sus ojos y los sollozos se eecapan de su pecho. La desgracia lo vuelve á llevar á los brazos de su padre, la desgracia lo ha salvado. Suponed que hubiera continuado siendo rico, considerado, habría permanecido lejos de su padre y habría tenido una muerte de hijo reprobado, maldito.

Os acordais tambien de aquel rasgo del Evangelio en el que nuestro Salvador corre por montes y valles en busca de la oveja perdida? La vuelve á encontrar ensangrentada, toda desgarrada, enredada en las espinas de donde no hubiera podido salir. ¡Oh dichosas espinas! ellas han salvado á la imprudente y culpable oveja. Si no se hubiera encontrado en su camino con aquellos obstáculos, la fugitiva hubiera continuado su carrera, é infaliblemente hubiera venido á ser la presa de los lobos; por eso Dios hizo crear allí las espinas para que punzándola, el dolor de las heridas la salvaran.

Esta historia del hijo pródigo y de la oveja perdida, no han tenido únicamente su realización en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo; cada día Dios las renueva para nosotros. No faltan hijos pródigos en nuestro tiempo. Numerosas, demasiadas numerosas, son las ovejas que aban-

donan el redil de Cristo para correr por el mundo. Pero también la mano paciente y misericordiosa del Señor cumple su obra, salvándolas, reduciéndolas, poniéndolas en su camino la adversidad, la ruina, colocando en sus senderos las espinas de la aflicción y de los reveses que las desgarran y las detienen.

Ved á ese hombre, á esa mujer, á esos padres de familia, á ese jóven, á ese anciano, á esa jóven; habían sido criados cristianamente: su primera comunión fué la de un ángel. ¡Qué viva fé entonces! ¡qué ardor para la práctica de la virtud! Mas tarde, luego tal vez, los malos ejemplos, las funestas compañías, el cambio de posición en el mundo, sus ocupaciones, el torbellino de los negocios ó de los placeres, los han arrastrado poco á poco lejos de Dios. Después de haber perdido el fervor, abandonado las prácticas de la piedad, han caído en la tibieza, en la indiferencia, han llegado aún al olvido de todos sus deberes cristianos y han descendido hasta los senderos de la impiedad y del vicio, viviendo con indiferencia respecto de su Salvación y sordos á los reproches de su conciencia. Que el bienestar, la felicidad, la tranquilidad continúen sonriéndoles, y vendrán á parar á los abismos, serán perdidos. Esto es fatal.

Pero Dios vela sobre esos pródigos, y corre tras esas ovejas extraviadas. Repentinamente ese hombre, esa mujer, ven caer sobre ellos la adversidad; la calumnia los arrastra por el lodo, la envidia mina su posición, una desgracia inesperada viene á herirlos, un revés los arroja en la miseria, sus amigos les traicionan. Ese padre de familia pasaba días felices y estaba orgulloso de sus hijos. Repentinamente su fortuna quiebra, ó bien su hijo deshonor su nombre. Su hija hacia su orgullo, adoraba á su mujer: la implacable muerte las arroja á la tumba. Aquella madre de familia, arrebatada por el celo ó por una pasión ciega, vé romper y destrozarse para siempre la unión de su hogar. Aquel hijo y aquella hija tan mimados,

la desgarran el corazón con su ingratitude, la hacen ruborizar de vergüenza y llorar por su mala conducta. Este joven, esta joven, este anciano, se olvidan de Dios y de sus deberes: la traición, el abandono, el deshonor, la enfermedad, una de esas enfermedades que á nadie perdonan, vienen á abatirlos, á arrojarlos en tierra como á San Pablo en el Camino de Damasco. Y entonces, viéndose abandonados de la tierra, el corazón despedazado, derramando lágrimas de sangre, sienten la necesidad de ese Dios hasta entonces olvidado: oyen la voz misteriosa que les dice: "*Cuán duro es revelarse contra el aguijón*: reflexionan entonces, se vuelven hácia el cielo pronunciando la palabra de salud: "Señor, ¿qué es necesario que yo haga?"

La desgracia los toma en sus brazos de hierro, los empuja, los arroja muy maltratados, arrepentidos, al pie de los altares, á los pies del Crucificado, diciéndoles: "Allí se te dirá lo que es necesario hacer; El al menos no traiciona, no abandona; adora, ruega y llora." Ellos van á reconciliarse con el Dios de su primera comunión, y se ven salvados!

¡Oh! de cuántos corazones es ésta la historia! historia toda de misericordia. ¡Almas queridas, ¿no tiene algo de esta la vuestra, ó al menos no conocéis alguna de esas pobres ovejas desgarradas por las duras espinas de las tribulaciones, de los reveses, de los sufrimientos y atraídas por ellas á los brazos de Dios?

Hace algunos años, llevaron al hospicio de San D..., pequeña ciudad del Este de Francia, á un pobre joven de una aldea vecina. Al caer de un árbol se había roto ó gravemente maltratado la columna vertebral, y, durante algunos meses, fué necesario cuidarlo de una manera especial: Estaba sentado sobre un sillón, sin poder levantarse, con las piernas inflamadas y supurando continuamente.

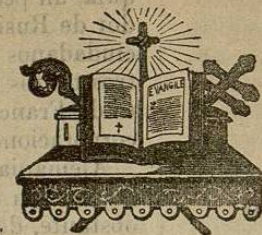
El vicario de la parroquia, encargado de los enfermos, iba á visitarlo con regularidad; se habían hecho amigos. "Se-

ñor Abate, le dijo un día el enfermo: es necesario que os refiera mi historia.— ¿Teneis, pues, una historia?—Sí, escuchad. Yo era un verdadero malvado antes de venir aquí. Tenía un positivo odio á todo lo que pertenecía á la Religión. No solamente no la practicaba, sino que me burlaba de los que iban á la iglesia, y todo lo convertía en mofa. Ahora bien; un domingo, decidí con dos de mis camaradas, incrédulos como yo, á ir á la selva á buscar nidos. A fin de hacer más públicos nuestros sentimientos antireligiosos, partimos, en traje de trabajo, justamente á la última llamada de misa, en el momento en que los fieles concurrían al oficio. Apenas llegamos al bosque, vimos un nido, subí al árbol; una rama sobre la cual me apoyaba se rompió y caí pesadamente al suelo. Mis compañeros corrieron á la aldea á buscar socorros; yo era pobre y me trajeron aquí. Señor cura, agregó, esta es una gracia que Dios me ha hecho. ¿Sin esta desgracia, qué hubiera sido de mí? habría permanecido impío y habría muerto tal vez como tal. Aquí he vuelto á encontrar la fé y los consuelos de la Religión." Este pobre joven murió algunos meses después con los sentimientos más cristianos. Hiriéndolo Dios, lo había salvado.

Cuántas almas en el cielo bendecirán, también las adversidades, las aflicciones, los reveses, la muerte de seres queridos, porque reconocerán que todo esto, han sido otras tantas gracias destinadas á atraerlas al camino de la virtud y del deber. Comprenderán entonces las miras misericordiosas del Señor. Oh! nosotros todos, pecadores como somos, cuando la prueba y la desgracia vengan á visitarnos, guardémonos de murmurar, de maldecir la Providencia; porque cuando la adversidad viene sobre nosotros, es porque quiere salvarnos.

# COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

Ant. Imp. de N. Parga.—D. Juan Manuel R.

RESP. JESUS BERRUECO.

TOM. VII.

GUADALAJARA, 8 ABRIL DE DE 1893.

NUM. 31.

## SECCION I.

### BEATIFICACION.

El día 24 de Febrero próximo pasado tuvo lugar en Roma, la suntuosa Solemnidad con que la Iglesia dá á conocer la Santidad de sus hijos, declarando la beatificación del humilde hermano Redentorista Gerardi Majella, uno de los primeros y más fieles discípulos de San Alfonso de Ligorio. La heroicidad de sus virtudes fué proclamada por Pio IX el día 6 de Junio de 1877. León XIII reconoció la autenticidad de los milagros por decreto de las Calendas de Abril del año pasado, y el ocho de Septiembre promulgó el Soberano Pontífice el decreto disponiendo que se podía proceder seguramente á su beatificación. La ceremonia se ha verificado en la Sala de la Loggia sobre el vestíbulo de San Pedro, revistiendo toda la solemnidad de análogos casos. En dicha ceremonia se dió lectura del Breve por el ponente relator de esta causa de beatificación, Monseñor Masella, Prefecto de la Congregación de Ritos. Después de la lectura y durante la ceremonia, los Padres Redentoristas han distribuido á sus asistentes el retrato del

nuevo bienaventurado. La concurrencia ha sido numerosa y escogida y el entusiasmo indescriptible.

El beato Gerardo nació en Muro en 1726, y murió joven como su modelo San Luis Gonzaga, después de una vida consagrada al servicio de Dios, á la beneficencia y á la piedad, como si el Señor hubiese querido demostrar una vez más que no hay profesión, por humilde que sea, como la de aprendiz de carpintero que el virtuoso Gerardo ejerció en su infancia, y la de modesto lego en su juventud, donde no puedan brillar las virtudes que elevan el alma al cielo, y la memoria de estos bienaventurados á los altares de la religión.

Cual su patrono San José, fué el joven carpintero objeto de la gracia divina en un santuario de la Virgen, inmediato á su pueblo, y de recompensas celestes grandisimas, cuando modesto portero de su convento, muchos de los que acudían á su caridad y á sus consejos, recibieron por su intercesión verdaderas curas materiales y morales. Cuatro de éstas resplandecen en los hermosos gallardetes que, juntamente con la imagen del beato, ha pintado el distinguido artista Juan Gallardi, autor también de la apoteosis del bienaventurado, una de las ofrendas presentadas á León XIII; y un relicario de plata, con las demás de costumbre, cuan-